

DE HORMAS Y ZAPATOS

[Asima F. X. Saad Maura](#)

University of Delaware

EEUU-USA



Instalación de hormas y zapatos en el [Museo Ettore Guatelli](#)
(Ozzano Taro, Italia). *Fair use.*

Podemos intercambiar cualquier prenda o accesorio de vestir con otras personas, pero cuando de zapatos se trata, las recomendaciones son bastante definitivas: no debemos usar los de nadie, punto. Una blusa o unos pantalones usados se echan a lavar y quedan como nuevos: de la forma del dueño anterior apenas queda el recuerdo, si acaso. No sucede así con los zapatos: estos cargan sobre sí nuestro singular peso en todos los sentidos, el físico como el que no se ve. Quien los lleva puestos durante sus incontables vaivenes por las calles de la vida les da una forma precisa y única, los moldea, les otorga la horma no tan sólo de su propio pie, sino de su manera de andar y pisar. Es posible ir más allá: los zapatos acarrean nuestro modo de ser.

Para mantener el valor de un buen par de zapatos existen innumerables tipos de hormas comerciales, algunas tienen la estructura completa del pie, otras solamente la parte delantera, del empeine hasta los dedos. Algunas son genéricas, otras exclusivas y personales. Por siglos, las clásicas han sido las de madera que, si vienen de tronco fino,

cuestan mucho. También las hay de plástico, metal y de materiales reciclados; las hay con el grano mismo de la madera en su color natural o barnizadas; algunas están forradas de tela, se consiguen pintadas a mano en colores sólidos o con diseños para todos los gustos. Incluso se encuentran hormas que, concebidas como obras de arte, llegan a las salas de museos. Los ejemplos abundan.

A medida que preparábamos el revivir de *DeRLAS* y nos tropezábamos con variedad de obstáculos, se me comenzaron a venir a la mente imágenes de hormas y zapatos. La labor ingente tanto del Dr. Norman Schwartz (a quien lamentablemente nunca conocí) como de la Dra. América Martínez Cruzado, quien me recibió con su consabido calor caribeño cuando llegué a UD en el 2008, nos dejan boquiabiertos y sin zapatos ni hormas que podamos calzar. Fueron varias las veces que colaboré directamente con América: por un lado, compartí con ella mi lista de contactos para que colegas de otras instituciones evaluaran los artículos y las reseñas que recibía, por otro yo misma fui la lectora de rigor.

En los años que trabajamos juntas hasta su jubilación, experimenté muy de cerca el alto nivel profesional y la labor titánica de América, adjetivo que le he robado a Carla Guerrón Montero.

El conocido refrán, “Zapatero a su zapato”, y este otro, “El zapato que le va bien a una persona es estrecho para otra”, que se le adjudica al sicólogo Carl Jung, me sirven de recordatorio e incentivo para tratar de seguir, aunque sea descalza, las huellas que dejaron ambos fundadores, en particular América. No me queda otra, aunque ella se haya quitado los zapatos y ahora me corresponda encontrar mi tamaño. Por suerte, me ayuda saber que tenemos algunas cosas en común.

A ella y a mí –aparte de ser puertorriqueñas nacidas y criadas en la “Isla del Encanto”– de jovencitas nos picó el mosquito de las letras y las palabras: América fue editora del periódico de su escuela superior, la Academia de la Inmaculada Concepción, en Mayagüez, y yo la del Liceo Ponceño de Niñas. Estuve a punto de hacerme bibliotecaria en dos oportunidades, pero opté por los Estudios Hispánicos, no sin dejar de realizar trabajos editoriales que luego, como le pasó a América, me llevaron a crear páginas en la red.

La experiencia que obtuvo América a medida que se encargaba de publicar número tras número de la revista hizo que aprendiera el sistema “Dream Weaver” el cual llegó a dominar con soltura. De igual manera, yo también lo utilicé para crear una [una página que, después de más de 10 años, se mantiene “viva” en Wayback Machine](#) que forma parte del proyecto [Open Library](#). De América también perdura [la página personal que creó](#) para ofrecerles a sus alumnos información y recursos pertinentes a su formación universitaria.

América nunca dejó que el arduo trabajo empañara su simpatía borinqueña. Como quien se pone y se quita múltiples zapatos según convenga para la ocasión, se desempeñó como maestra, impartiendo cursos (generalmente 4 por semestre) en todos los niveles, fue consejera de miles de jóvenes universitarios interesados en estudiar

español, dirigió repetidas veces programas de estudio a Brasil, Costa Rica, España, Grecia y México a la vez que se desenvolvía como Editora de *DeRLAS*, cuyas fechas límite supo cumplir con devoción cuasi religiosa. No hay otra que admirar sus variopintos zapatos.

A la hora de preguntarle ¿cómo lo hacías?, no titubea en contestar que lo logró gracias al “apoyo que recibí de mis colegas..., especialmente las Dras. Cynthia Schmidt-Cruz, Gladys Ilarregui, Carla Guerrón Montero, Mónica Domínguez Torres, Eve Buckley, Persephone Braham, Asima Saad Maura y el Dr. Jesús Cruz”. Añade además que “si no hubiera sido por la ayuda y el consejo constante del Dr. Norman Schwartz, no habría podido continuar con el trabajo durante todos esos años”. No se nos escapan las imágenes de hormas y zapatos, caminos, caminantes y huellas, a lo Antonio Machado.

América también recuerda con agradecimiento a Daiane Tamanaha, quien “aceptó el puesto de editora de artículos en portugués, lo cual fue una gran ayuda”. Además, América reconoce los esfuerzos de varios miembros del Consejo Editorial que le dieron la mano para pasar revista crítica de los artículos sometidos analizando “ellos mismos más manuscritos de los que les había pedido”. En particular, distingue a los siguientes eruditos: Gunther Dietz (México), Ángel Esteban (España), Raquel Gutiérrez Estupiñan (México), Santiago Juan-Navarro (EEUU), Ana Marco González (España), Antoni Picazo-Muntaner (Islas Baleares) y Décio Torres Cruz (Brasil).

Para que *DeRLAS* no quedara en el olvido y fuera del alcance de investigadores y maestros, América explica que en el 2016 Mónica Domínguez Torres consiguió que William Simpson, de la Biblioteca Morris de la Universidad de Delaware, le enseñara a guardar los 17 volúmenes de *DeRLAS* en el archivo virtual del repositorio institucional. Hoy, el contenido completo (215 artículos y reseñas) se encuentra en este nuevo espacio gracias al trabajo realizado por Daniel Schaefer (UD '19), cuya asistencia es digna de encomio.

A la vez que hago este humilde homenaje a la profesora América Martínez Cruzado, colega, amiga y excelso ser humano, aprovecho para extenderles mi aprecio personal a Eve Buckley (Departamento de Historia y Directora del Latin American and Iberian Studies Program), a Cynthia Schmidt-Cruz, Catedrática de Español y Portugués (Departamento de Idiomas, Literaturas y Culturas), y a Julia Oestreich, Directora de la University of Delaware Press, por todo el apoyo prestado para resucitar la Revista *DeRLAS*. Va además mi reconocimiento a Daiane Tamanaha por traducir al portugués los diferentes documentos editoriales. Gracias a los miembros de la junta directiva y a los colegas que evaluaron los textos publicados en este número especial que le hace reconocimiento y honra a los fundadores.

Cuando acepté el cargo de poner en marcha nuevamente a *DeRLAS*, no me imaginé que se me haría tan difícil encontrar una horma que me facilitase acostumbrarme al nuevo calzado. Para seguir la marcada ruta que nos dejaron las fuertes y seguras pisadas de América y Norman no osaría ponerme sus zapatos, no por estrechos, como en la frase junguiana, sino porque me quedarían demasiado grandes.



Foto cortesía de América Martínez